

ADAM SMITH, VISTO POR RONALD COASE (1910-2013) CARLOS GOEDDER



Ha fallecido el 2 de septiembre el nobel Ronald Coase, cuyo legado incluye un espléndido ensayo sobre *La Riqueza de las Naciones* de Adam Smith (1723-1790)

Al Prof. Richard Obuchi, gran difusor en Venezuela de las ideas de Ronald Coase, desde la cátedra de M.J. Cartea

Con la venerable (y envidiable) edad de 102 años falleció el 2 de septiembre el nobel de economía 1991, Ronald Coase, oriundo de Reino Unido y radicado en EEUU. No dejó descendencia, lamentablemente, mas si una maravillosa contribución a la teoría económica.

El buen amigo Kamal Romero, el más brillante economista joven venezolano que conozco, me dio la noticia de la partida de Coase. Recuerdo que en mis estudios de pregrado de economía en la venezolana UCAB un profesor formado en Chicago, Manuel Jacobo Cartea (qepd) nos presentó hacia 1995 las ideas de Coase, algo inédito en una academia venezolana que no pasaba de Keynes en su formación teórica, salvo contadas excepciones. Así que Coase me trae un recuerdo feliz y ojalá logre con esta reseña invitar a explorarlo. Será la primera reseña de otras que tengo en mente sobre el titán.

Coase exploró dos grandes problemas, con el núcleo común de una visión institucional: en primer término, el porqué tenemos varias empresas en un sector económico en lugar de tener una sola grande que produzca el agregado de todas. La pregunta relaciona con el concepto que él desarrolló de “coste de transacción” y con el cual apuntaba un problema: los intercambios en economía tienen precio y requieren inversión, siendo en algunos casos prohibitivamente altos (por ejemplo, por ausencia de información). Este primer asunto fue abordado en “La Naturaleza de la Firma”, papel de trabajo publicado por un joven Coase de 27 años. El siguiente asunto que abordó Coase y formalizó varios años de su primer “hit” tenía que ver con las externalidades. Las externalidades son efectos involuntarios de nuestras actividades económicas sobre otros, ocasionando costes y beneficios sociales que no están incorporados en nuestro cálculo personal (por ejemplo, el de una fábrica que genera polución). En su publicación de 1960, “El Problema del Coste Social”, Coase dio un enfoque novedoso al tema, proponiendo la negociación privada como alternativa a la solución habitual de tributar a quienes causan costes sociales con sus externalidades. Su estudio de las sentencias aplicadas a problemas de externalidades como la contaminación química y sónica invitó a vincular temas jurídicos y económicos, analizando la eficiencia económica de las decisiones judiciales.

En este artículo abordo un trabajo menos técnico de Coase. En su colección ***Ensayos sobre economía y economistas*** (Traducción castellana de Helena Goicoechea para Marcial Pons, 2009), publicada originalmente en inglés en 1994, se incluyen varias ponencias y artículos del nobel que son más accesibles para el público general. Hay dos trabajos dedicados a Adam Smith, quien en 1776 nos legó ese texto seminal que es *La Riqueza de las Naciones*. Acá trabajo el primer ensayo de Coase sobre Smith, publicado bajo el título “La Riqueza de las Naciones” y que proviene de una conferencia que Coase dio en el bicentenario de la publicación de esa obra de Smith.

Coase considera que *La Riqueza* es “una obra maestra”. Agrega: “La riqueza del libro consiste en que tiene muchas ideas entre las que elegir y muchos problemas sobre los que meditar”. (p. 91)

Repasando la vida de Smith, Coase señala la curiosidad de que el filósofo escocés fue, igual que Isaac Newton, hijo póstumo. Smith trabajó en la Universidad de Glasgow y fue tutor del duque de Buccleuch. Se retiró a una vida solitaria -y para él placentera- de lecturas, escritos y caminatas a la orilla de la playa. *La Riqueza* fue un libro en el que invirtió años de escritura y publicó en 1776. Junto con *La Teoría de los Sentimientos Morales* de 1751 son los dos únicos libros que nos han llegado de Smith, porque el maestro solicitó que se quemaran todos sus escritos cuando muriese y lamentablemente se le hizo caso. Como Coase indica: "...Él no sabía que era Adam Smith; si hubiera sabido que íbamos a estar tratando su obra doscientos años después de su publicación, sin duda habría sido más cuidadoso a la hora de redactarla". (p. 94). Smith perteneció a la Ilustración Escocesa, junto a figuras claves como su amigo David Hume (1711-1776) y James Steuart (1712-1780). Eran filósofos y afortunadamente Steuart y luego Smith escribieron sobre Economía, antes que siquiera existiese esa área del conocimiento formalmente.

Coase alaba en Smith su sencillez y estilo directo, accesible a todo público: "*La Riqueza de las Naciones* puede leerse placenteramente; es claro, divertido y persuasivo. El estilo de Adam Smith es, por supuesto, muy distinto al de la mayoría de los economistas, que o bien son incapaces de escribir con sencillez o han decidido que ganan más siendo opacos." (p. 94)

Un primer concepto que propone Smith es la "división del trabajo". Smith veía que todo producto que uno consume tiene tras de sí el trabajo de muchos productores a distintos niveles. Esto le dirige a considerar el problema de la cooperación humana. Coase propone algunas de las cuestiones a que invita este tema: "¿Cómo es la cooperación de estas grandes multitudes de personas en los países de todo el mundo? ¿Qué grado de cooperación se necesita para alcanzar un nivel de vida incluso modesto?" (p. 96)

Algo que percibe Smith y ya anticipa en *La Teoría de los Sentimientos Morales* es que esta cooperación, fundamentada en la benevolencia, lamentablemente es difícil de obtener más allá del ámbito familiar. Coase rescata un párrafo donde Smith señala, pensando en el individuo: "En una sociedad civilizada, él estará constantemente necesitado de la cooperación y ayuda de grandes multitudes, mientras que toda su vida apenas le resultará suficiente como para ganar la amistad de un puñado de personas." (p. 97)

Y es a partir de allí donde nace este párrafo, que muchos ven mezquino o crudo porque pocos, como dice Coase, señalan la reflexión previa que le da origen:

"El hombre, en cambio, está casi permanentemente necesitado de la ayuda de sus semejantes, y le resultará inútil esperarla exclusivamente de su benevolencia. Es más probable que la consiga si puede dirigir en su favor el propio interés de los demás, y mostrarles que el actuar según él demanda redundará en beneficio de ellos. Estos es lo que propone cualquiera que ofrece un trato. Todo trato es: dame esto que deseo y obtendrás esto otro que deseas tú; y de esta manera conseguimos mutuamente la mayor parte de los bienes que necesitamos. No es la benevolencia del carnicero, el cervecero o el panadero lo que nos procura nuestra cena, sino el cuidado que ellos ponen en su propio beneficio. No nos dirigimos a su humanidad sino a su propio interés, y jamás les hablamos de nuestras necesidades sino de sus ventajas." (p. 97)

Esta sentencia de 1776 es la base de cualquier curso contemporáneo de negociación empresarial. Simplemente Smith intuye las dificultades de la benevolencia para construir un sistema económico. Él señala cáusticamente que "Sólo un mendigo escoge depender básicamente de la benevolencia de sus conciudadanos." (p. 98) La benevolencia es algo muy escurridizo: si fuese el sustento de nuestra vida económica, no comeremos si no conseguimos la simpatía de un camarada de partido, de alguien con poder político o de alguien de nuestra nacionalidad y podemos quedar excluidos si somos rechazados por motivos como nuestro grupo étnico, nuestras creencias políticas o religiosas. Milton Friedman apuntaba en el Siglo XX que bajo el capitalismo uno hace negocio con quien sea, sin fijarse en estos detalles, si le entregan lo que uno desea al menor precio. Así que la benevolencia puede ser, en materia económica, una de esas virtudes que acaban en vicio.

Coase desarrolla la idea: "Confiar en que la benevolencia producirá una división del trabajo adecuada es algo imposible. Necesitamos la cooperación de una multitud de personas, que en su mayoría no conocemos y hacia las cuales, por lo tanto, no podemos sentir ninguna benevolencia ni ellas sentirla por

nosotros.” (p. 98). Y agrega: “Por lo que veo, el argumento principal de Adam Smith no es que la benevolencia o amor *no sea* la base de la vida económica en una sociedad moderna, sino que es *imposible* que lo sea. Tenemos que depender del mercado y de su fuerza motriz: el propio interés. Si el hombre estuviera constituido de tal manera que sólo respondiera a los sentimientos de benevolencia, seguiríamos todavía viviendo en cuevas con vidas «desagradables, brutales y cortas.»” (p. 99)

Y de allí nace este concepto que muchos trivializan y tiene honda sabiduría, fundamentada en lo expuesto: “La Mano Invisible”. Coase cita a Smith:

“Cada individuo está siempre esforzándose para encontrar la inversión más beneficiosa para cualquier capital que tenga. Es evidente que lo mueve su propio beneficio y no el de la sociedad. Sin embargo, la persecución de su propio interés lo conduce, natural, o mejor dicho, necesariamente, a preferir la inversión que resulta más beneficiosa para la sociedad.” (p. 99)

Coase incorpora entonces esta sentencia seminal: El hombre es conducido “por una mano invisible a promover un objetivo que no entraba en sus propósitos. El que sea así no es necesariamente malo para la sociedad. Al perseguir su propio interés frecuentemente fomentará el de la sociedad mucho más eficazmente que si de hecho intentase fomentarlo”. (p. 99)

Coase no lo dice, mas Smith se adelanta desde 1776 al problema de externalidades, considerando externalidades positivas. El agricultor, el comerciante, el hombre de negocios, en suma, busca su interés y este interés tiene que sintonizar con lo que la gente necesita y valora. Su actividad individual genera un beneficio social, no previsto en sus cálculos privados, porque ayuda a organizar mejor la división del trabajo en la sociedad y la satisfacción de sus necesidades.

Personalmente tengo claro que es imposible llegar a un arreglo con alguien incapaz de negociar y que se guía por algo tan pasional y volátil (incluso tiránico) como la benevolencia. Opino que es verdad que el interés ayuda a construir un orden social más estable y civilizado que las pasiones. Y esto ya lo detectaba Albert O. Hirschman en su libro *Las Pasiones y Los Intereses* (FCE, 1977) como una percepción propia de la Ilustración Escocesa, incluyendo allí esta frase de James Steuart que sintetiza bien la postura: “**Una economía moderna es el freno más eficaz inventado jamás contra el despotismo**”. Steuart decía esto en 1767.

Esta visión hace desconfiar a Smith de los gobiernos que se entrometen en economía. El escocés dice en *La Riqueza*: “Las grandes naciones nunca se empobrecen por el despilfarro y la mala administración del sector privado, aunque a veces sí por el derroche y la mala gestión del sector público.” (p. 103)

Otro párrafo de *La Riqueza* añade:

“Resulta por ello una grandísima impertinencia y presunción de reyes y ministros el pretender vigilar la economía privada de los ciudadanos, y restringir sus gastos sea con leyes suntuarias o prohibiendo la importación de artículos extranjeros de lujo. Ellos son, siempre y sin ninguna excepción, los máximos dilapidadores de la sociedad. Que vigilen ellos sus gastos y dejen confiadamente a los ciudadanos privados que cuiden de los suyos. Si su propio despilfarro no arruina al Estado, el de sus súbditos jamás lo hará.” (p. 103)

Debo insistir, a ver si los seguidores de Maduro y Kirchner, quienes dicen amar la historia, le toman cariño a la frase por añeja: es de 1776. Y valga decir que Simón Bolívar, como todo estadista culto de su tiempo, tenía en su biblioteca personal *La Riqueza de las Naciones*.

Smith considera, siguiendo a Coase, que el gobierno tiene tres deberes que cumplir: proteger a la sociedad de ataques extranjeros; crear un sistema de justicia para los ciudadanos y construir algunas instituciones y obras públicas. Smith pensaba, en sintonía con su tiempo, en carreteras y puentes, abogando por el uso de peajes. Lo del peaje tiene sentido porque los ciudadanos pagarán sin tanto disgusto el peaje de una obra pública que les permite movilizar eficientemente su actividad de negocios, mientras que un camino construido por capricho gubernamental, usando los impuestos ciudadanos, puede emplearse sólo para disfrute personal del gobernante: “No puede construirse una carretera

magnífica a través de un desierto donde hay poco o ningún comercio, o meramente porque permite llegar a la residencia campestre del intendente de la provincia o de algún gran señor a quien el intendente desea complacer.” (p. 105)

Otro tema que preocupa a Smith son los lobbies de empresarios y productores, quienes usualmente quieren pasar leyes a su favor: “El interés de los empresarios siempre es ensanchar el mercado pero estrechar la competencia. La extensión del mercado suele coincidir con el interés general, pero el reducir la competencia siempre va en contra de dicho interés. (...) Cualquier propuesta de una nueva ley o regulación comercial que provenga de esta categoría de personas debe ser siempre considerada con la máxima precaución, y nunca debe ser adoptada sino después de una investigación prolongada y cuidadosa, desarrollada no sólo con la atención más escrupulosa sino también con el máximo recelo.” (p. 104)

Este último párrafo viene bien para darle una lectura menos demagógica y simplista a las protestas de campesinos colombianos contra el libre comercio, protestas que por cierto han obstaculizado carreteras, colocado sitio a localidades rurales y generado alborotos en Bogotá, con incluso un fallecido. Los campesinos, que supuestamente son todos pobres, achacan al libre comercio (en una nación por cierto con poco comercio internacional) las miserias del campo que provienen más bien de ausencia de infraestructuras públicas, el consentimiento de la guerrilla en el campo colombiano y ausencia de auténticos emprendedores que consigan colocar en las mesas de los consumidores colombianos una producción agrícola de buena calidad y bajo precio. Insisto, esto sin desmerecer que sí que hay muchos campesinos realmente pobres y cuya ruina proviene no de las importaciones, sino en su mayor parte de gobiernos que han sido incapaces de hacer las tres cosas que Smith dice que debe hacer un gobierno: proveer seguridad, leyes e infraestructura.

Coase concluye sobre Smith que a la luz de los métodos modernos en economía: “Sus herramientas pueden ser primitivas, pero su habilidad para manejarlas es magnífica.” (p. 101). Y cierra su espléndida conferencia (de la que he tenido que dejar ideas no menos importantes fuera por restricción de espacio), con esta frase con la que yo también concluyo:

“*La Riqueza de las Naciones* es una obra que uno descubre con admiración: su análisis sutil y amplio sobrepasa a cualquier otro libro de economía. Su superioridad es impresionante. ¿Qué hemos estado haciendo en los últimos doscientos años? Nuestro análisis, sin duda, se ha sofisticado, pero no hemos demostrado comprender mejor el funcionamiento del sistema económico; y nuestro enfoque, en algunos aspectos, es inferior al de Adam Smith. Cuando llegamos a su opinión sobre las políticas públicas, encontramos propuestas ignoradas que Adam Smith defiende con tal fuerza que las hace «evidentes por sí mismas». Realmente no sé por qué esto es así, pero quizás parte de la respuesta es que no leemos *La Riqueza de las Naciones*.” (p. 110)

Bogotá, Septiembre de 2013

Carlos Goedder

@carlosgoedder

Facebook: Carlos Goedder